

## Lexicología para el siglo XXI

De Miguel, Elena (ed.) (2009): *Panorama de la lexicología*, Ariel, Barcelona, 519 páginas, ISBN: 978-84-344-8279-1.

¿Da la lexicología para un *manual* de 519 páginas? Esta es la pregunta que podría hacerse mi propio yo desdoblado (al modo de los encuentros borgianos), transfigurado en aquel estudiante de Filología Hispánica de hace ya unos años, que consideraba que esta disciplina era tan solo una especie de apéndice de la Semántica o que, en el mejor de los casos, podría ser una disciplina teórica auxiliar de una técnica (la lexicográfica), más cercana, por aquel entonces, a la concienzuda tarea del artesano hacedor de diccionarios que a las reflexiones teóricas sobre el lenguaje.

A aquella imagen ancestral –anclada aún en los pupitres de la Universidad– se le tendría que explicar que el espectacular desarrollo de la Lexicología en los últimos años se debe en gran medida al interés que el estudio sistemático del léxico –que tradicionalmente se consideraba un mero depósito de significados– ha suscitado en el seno de los estudios estrictamente lingüísticos (de fonología, morfología, semántica, pragmática y, especialmente, de sintaxis) y también en otros ámbitos afines –y/o anejos– como la psicolingüística, la didáctica de la lengua, la sociolingüística. El descubrimiento de cierta sistematicidad en un terreno tan lábil como el de la relación entre expresiones y significados, sin duda alguna, favoreció el (re)surgimiento de la disciplina, ya que como se recoge en el *DRAE* –oportunamente citado por editora y coautora de este libro– se encarga del estudio «de las unidades léxicas de una lengua y de las relaciones sistemáticas que se establecen entre ellas».

(A propósito de la editora y coautora, es seguro que –si alguna vez llega a sus manos esta reseña– que fruncirá el ceño al advertir que en la primera línea empleo la palabra *manual*, ya que en la página 14 del libro –y segunda de su introducción– advierte la semejanza que esta obra tiene con un manual clásico aunque, a renglón seguido, matiza: «Sin embargo, el tratamiento recibido por los diferentes temas dista mucho del de una obra tradicional». Para su tranquilidad, haría notar que la palabra está en cursiva y, para la mía, que aparece en el marco de un

enunciado solo atribuible a esa imagen ancestral, responsable último de sus propias palabras).

Volviendo al caso, la obra tiene la virtud –entre otras– de seguir una hoja de ruta perfectamente diseñada desde la introducción: se expone con claridad el objetivo de la obra; se rotura el terreno –compartido con otras disciplinas lingüísticas y otros ámbitos de conocimiento– de actuación de la Lexicología; y, finalmente, se explica de manera secuenciada el contenido de las cuatro partes de que consta el libro, prestando atención a los lugares más delicados y conflictivos de los asuntos tratados y a las aportaciones de los especialistas responsables de cada capítulo.

La estructura que presenta el libro es muy esclarecedora y –yo diría– absolutamente necesaria, sobre todo si tenemos en cuenta que en esta obra colectiva (de diecisiete capítulos, precedidos de la referida introducción) participan veinte especialistas de reconocida solvencia, pero con planteamientos diferentes y, en ocasiones, opuestos. La primera parte se centra en la determinación del objeto de investigación; en la segunda, se da cuenta de la dinamicidad del léxico, susceptible de experimentar modificaciones a lo largo de la historia o de variar en función de criterios sociolingüísticos; la tercera parte se detiene en la consideración teórica del léxico conforme a cuatro modelos (o paradigmas) –analizados en otros tantos capítulos– que han pautado la lingüística moderna y, además, incorpora un quinto capítulo en que se presenta una propuesta teórica concreta; por último, la cuarta parte se dedica a la consideración del léxico desde una visión más práctica o procedimental: la psicolingüística, la didáctica, la computacional o la lexicográfica.

La Primera parte («Las unidades del estudio léxico») consta de tres capítulos: «Una idea de la palabra» de Carlos Piera (*Universidad Autónoma de Madrid*), «Palabras con estructura interna» de Elena Felú (*Universidad de Jaén*) y «Palabras con estructura externa» de José Luis Mendivil Giró (*Universidad de Zaragoza*). El profesor Carlos Piera afronta uno de los asuntos más delicados del estudio del léxico: el estatus de la palabra como unidad del lenguaje. Su discurso –de naturaleza ensayística, tal y como advierte el mismo autor (página 25, nota 2)– se va deteniendo en el análisis de distintas definiciones que se han aportado de palabra, análisis que le permite desarrollar su idea (de)construida de palabra: «la noción de palabra no es hoy por hoy un concepto primitivo de la teoría lingüística ni promete serlo (...). Sí puede ser, claro está, un concepto derivado, y a esa posibilidad dedicamos las páginas que siguen» (página 30). Esta afirmación abre el camino a la idea de que la palabra presenta una

configuración interna (una organización sintáctica interna) en la que se reconoce la raíz y las marcas funcionales correspondientes a cada categoría léxica, que son las «dimensiones mínimas que se exigen a un elemento para formar parte del léxico enciclopédico» (página 37). Dedicó la parte final del capítulo a sopesar las ventajas e inconvenientes de esta propuesta y a determinar las líneas de investigación que han de seguirse si se toma en consideración la misma.

Los dos siguientes capítulos pretenden determinar cuál sea la estructura de la palabra, unidad de análisis discutida, como hemos visto, pero asumida de un modo intuitivo por todos los lingüistas. Elena Felú ofrece una síntesis de los mecanismos morfológicos productivos que en español hacen posible la generación de nuevas unidades léxicas. Desde esta perspectiva defiende la necesidad de entender que el lexicon de un idioma es «una pieza fundamental en la arquitectura de la gramática» (página 51) y que la competencia morfológica de los hablantes les permite operar con una serie finita de unidades y un número limitado, también, de reglas con las que formar nuevas palabras (páginas 54 y 55). El capítulo supone, prácticamente, una sinopsis de los procesos morfológicos de creación de palabras en español: derivación (prefijación, sufijación y parasíntesis), composición y creación de palabras a partir de la reducción fónica de palabras ya existentes. Se trata, no obstante, de una revisión crítica, ya que la autora se detiene en distintos campos espinosos del análisis morfológico: las diferencias entre morfología flexiva y derivativa; el lugar de la sufijación apreciativa; los límites entre la prefijación y la composición; tipología de los compuestos...

Por su parte, la propuesta de Mendivil Giró parte de la constatación de una tendencia en el uso del lenguaje: no «es extraño, sino extraordinariamente frecuente, que los hablantes hagan palabras usando la sintaxis» (página 111). Nos encontramos en un terreno híbrido, entre el léxico y la sintaxis, dentro del cual algunas unidades sintagmáticas pueden funcionar «a ciertos efectos semánticos y formales como una palabra única» (página 84). Ese terreno es el espacio que media entre el prototipo léxico (una palabra simple) y el prototipo sintáctico (el sintagma libre, diseñado por la gramática), un *continuum* «complejo y abigarrado en el que se expresa centralmente la textura propia del idioma» (página 89). Para clasificar las palabras con estructura externa, el autor parte de la aplicación de dos criterios: el reanálisis sintáctico y la composicionalidad, que en su aplicación binaria permiten hablar de cuatro tipos de unidades dentro de ese *continuum*. «Si conferimos validez empírica a la hipótesis del reanálisis»,

las palabras con estructura externa serían tan solo combinaciones reanalizadas del tipo *hacer copia* o *dar tres cuartos al pregonero*.

La Segunda parte («El significado de las palabras. Cambio y variación en el léxico») consta de cuatro capítulos: «Relaciones de significado entre las palabras» de Rafael García Pérez (*Universidad Carlos III de Madrid / Instituto de Investigación Rafael Lapesa*) y José Antonio Pascual (*Real Academia Española / Universidad Carlos III de Madrid*), «Neología y pérdida léxica» de Pedro Álvarez de Miranda (*Universidad Autónoma de Madrid*), «El cambio semántico» de Rosa Espinosa (*Universidad de Valladolid*) y «La variación léxica» de José Luis Blas Arroyo (*Universitat Jaume I*).

Los tres primeros capítulos de esta sección manifiestan el interés de los autores por la lexicología desde una perspectiva diacrónica. Los profesores Rafael García y José Antonio Pascual abogan por el análisis relacional de los significados de las palabras, puesto que al constatar que «las palabras de una lengua no existen aisladamente (...), resulta imprescindible tomar en consideración sus relaciones, que influyen en su significado y en la interpretación que los hablantes hace de él» (página 118). Son varias –a juicio de estos autores– las relaciones entre palabras que pueden estudiarse, aunque se limitan en esta oportunidad a dos: las de identidad y las de oposición. Al dar cuenta de estas relaciones, que se asocian, indefectiblemente con la sinonimia y la antonimia, parten de los presupuestos teóricos de A. Cruse: el establecimiento de la unidad léxica (identificación entre una forma y un significado), la consideración de la sinonimia como un fenómeno escalar o la incorporación de la antonimia a la macroclase de los opuestos. Los ejemplos que aportan los autores demuestran que las relaciones entre las palabras en el proceso evolutivo del idioma son claramente inestables.

El capítulo del profesor Álvarez de Miranda tiene por objetivo el estudio de la aparición y desaparición de los signos lingüísticos, a lo largo de la historia del idioma. Su exposición comienza condicionada por esta pregunta: «¿realmente *todas* las palabras *nacen* en algún momento?» (página 133); reconoce, poco antes del final, que «es sumamente arduo determinar el momento de extinción de una palabra» (página 155) y concluye con la constatación de que existen «resurrecciones léxicas» (página 156). Abordar históricamente el léxico de una lengua –considera Álvarez de Miranda– exige atender a tres categorías: 1. La neología. 2. La pérdida léxica y 3. El cambio semántico en sus dos vertientes (neologismo semántico y pérdida semántica), si bien su exposición solo atiende a las dos primeras

categorías. Dejando de lado el léxico *heredado* (el que pasa del latín directamente al castellano como léxico patrimonial), se detiene en el estudio del léxico *adquirido* (el concepto de préstamo y su tipología) y explica los mecanismos propios del léxico *multiplicado* (derivación y composición) y otros procesos lexicogenéticos.

Con la contribución de la profesora Rosa Espinosa se cierra el espacio concedido al estudio del léxico en su dimensión diacrónica. El capítulo comienza analizando distintas aproximaciones teóricas al fenómeno del cambio semántico, prestando especial atención a los planteamientos de la lingüística cognitiva. A la hora de abordar las características del cambio semántico, la autora trata de dar sentido a algunas de las dudas que han surgido dentro de las teorías de gramaticalización: la naturaleza del cambio semántico, si da lugar siempre a un debilitamiento sintáctico, la necesidad de postular la unidireccionalidad de este cambio y el papel de la pragmática en el proceso. A continuación, repasa las causas del cambio semántico, los mecanismos que intervienen en él cambio semántico y las consecuencias a que da lugar. Concluye el capítulo con un interesante apartado en que se presentan algunos procesos que intervienen con cierta regularidad en el cambio de categoría gramatical o en la funcionalización de piezas léxicas.

El profesor José Luis Blas se enfrenta, en el último capítulo de la Segunda parte, a un aspecto bastante controvertido: la variación léxica como objeto de estudio de la Sociolingüística. Así lo pone de manifiesto el autor, después de reconocer que se ha avanzado bastante en las últimas décadas en los estudios de la variación en distintos niveles lingüísticos: «si los casos de variación sintáctica han planteado dificultades a los estudiosos, estas son todavía de mayor entidad en la esfera del vocabulario» (página 190). El estudio de la variación léxica, en efecto, presenta serios problemas de naturaleza teórica y dificultades de índole metodológica, tal y como hace notar el autor. Su postura queda suficientemente clara cuando se plantea si han de considerarse variantes de una misma variable las palabras claramente connotativas: «nos parece que la verdadera respuesta solo puede realizarse a posteriori (...) y no mediante el apriorismo al que tan aficionados han sido a menudo los lingüistas» (página 196). En todo caso, el profesor José Luis Blas se muestra optimista ante la posibilidad de llevar a cabo el estudio sociolingüístico de la variación léxica y dedica doce páginas a dar cuenta de los factores que intervienen en la misma.

La Tercera parte («Modelos teóricos de estudio del léxico») incluye cinco capítulos: «Modelos estructurales» de M<sup>a</sup> Belén Villar (*Université*

*Lumière - Lyon 2*), «Modelos funcionales» de Ricardo Mairal (*UNED*) y Francisco Cortés (*Universidad de la Laguna*), «Modelos cognitivos» de Jaume Mateu (*Universitat Autònoma de Barcelona*), «Modelos formales» de Amaya Mendikoetxea (*Universidad Autónoma de Madrid*) y «La Teoría del Lexicón Generativo» de Elena de Miguel (*Universidad Autónoma de Madrid*).

La profesora M<sup>a</sup> Belén Villar señala las bases ideológicas del estructuralismo como movimiento cultural y ofrece una panorámica de su evolución como teoría lingüística (Saussure, el *Círculo de Praga*, el *Círculo de Copenhague*). Buena parte del capítulo sigue la estela de los planteamientos de Coseriu –si bien se explican también las propuestas de Greimas y de Pottier–, que propone las reglas que ha de guiar el estudio estructural del léxico (entre ellas destaca la separación entre lengua y realidad, que responde, con claridad, a la tensión entre lo lingüístico y lo enciclopédico) y abre el camino al estudio de la lexemática estructural diacrónica.

En el segundo capítulo, los profesores Mairal y Cortés explican el planteamiento de dos propuestas teóricas (la de la *Gramática de Papel y Referencia* de Van Valin y la *Gramática funcional* de Dik) enmarcadas en el paradigma funcional que, a diferencia de la lingüística generativa, considera que la facultad del lenguaje es competencia comunicativa y no competencia lingüística. Estas dos propuestas teóricas son proyeccionistas (entienden que el lexicón aporta informaciones gramaticales que se reflejan en la propia expresión lingüística), aunque difieren en el modo de representación del léxico y en el diseño de la entrada léxica. Además, los autores presentan otra tercera propuesta –la de Mairal y Faber (2002)– que trata de desarrollar y mejorar las dos anteriores, sobre todo a partir del enriquecimiento del componente semántico de la pieza léxica.

El modelo cognitivo –tal y como señala, en el capítulo tercero, Jaume Mateu– se distingue de otros modelos, entre otras, por dos consideraciones: el conocimiento del lenguaje no es específico sino que forma parte de los procesos de cognición general y el significado no es un producto externo, sino algo interno, relacionado con el proceso cognitivo. Con respecto al estudio de las unidades léxicas, estos axiomas tienen una consecuencia de central importancia: la distinción entre léxico y gramática es difusa, se trata más bien de un *continuum*. Son dos las aproximaciones teóricas que, dentro del marco cognitivo, se describen en este capítulo: la *Gramática Cognitiva* de Langacker (una teoría, en palabras de Jaume Mateu, «“esencialista” (o si se quiere) “reduccionista” (...), en la que no tiene cabida la forma gramatical pura», página 291) y la *Gramática de las construcciones*

de Goldberg (teoría que resta importancia a la proyección de las propiedades semánticas del verbo y, en cambio, se la concede al significado que aporta la construcción sintáctico-argumental).

Tras destacar la importancia que la gramática generativo-chomskiana ha ido concediendo al componente léxico, sobre todo a partir de la *Gramática de Rección y Ligamiento*, la profesora Amaya Medikoetxea asegura que los modelos formales comparten esta hipótesis: «la existencia en la sintaxis de un nivel de inserción léxica bien definido» (página 302). Su exposición parte de la idea de que, en el ámbito de los modelos formales, se puede establecer una división entre los *modelos endocéntricos* (que conceden importancia decisiva al componente léxico, a partir del cual se configuran las estructuras sintácticas) y los *modelos exocéntricos* (que restan importancia al léxico, ya que este no puede regular la distribución sintáctica). A continuación, explica las principales características de los modelos proyeccionistas, de los construccionistas (o exocéntricos) y de la propuesta de Hale y Keyser (que combina aspectos de un modelo y otro).

El capítulo que Elena de Miguel dedica a una propuesta teórica concreta (la *Teoría del Lexicón Generativo* de James Pustejovsky) cierra esta parte. La teoría, en palabras de la autora, «implica un acercamiento formal trabado y de una potencialidad explicativa y descriptiva muy sugerente para estudio del léxico» (página 338). Se considera que los elementos léxicos de partida están infraespecificados (es decir, en el lexicón no presentan rasgos precisos) y que, al encontrarse en el contexto con otros elementos léxicos, desarrollan su potencialidad significativa. La *Teoría del Lexicón Generativo* contempla cuatro niveles de representación semántica: argumental, eventivo, de *qualia* (nivel que trata de la posibilidades semánticas que tienen los elementos infraespecificados) y el de la tipificación léxica (mediante la que se explica cómo se relacionan las palabras en el lexicón mental); y, además, postula la existencia de un conjunto muy limitado de mecanismos generativos que permiten explicar la multiplicidad de significados que adquieren las palabras.

La Cuarta parte («Aspectos experimentales y aplicados al léxico») consta de cinco capítulos: «La adquisición del léxico» de Juana M. Licerias (*University of Ottawa*) y Diana Carter (*University of Alabama*), «El procesamiento del léxico» de José Manuel Igoa (*Universidad Autónoma de Madrid*), «La enseñanza del léxico» de Anna Bartra (*Universitat Autònoma de Barcelona*), «El tratamiento computacional del léxico y sus aplicaciones» de Rafael Marín (*CNRS - Université de Lille*) y «La Teoría del

léxico en los nuevos diccionarios» de Olga Batiukova (*Brandeis University / Universidad Autónoma de Madrid*).

En el primero de los capítulos se abordan distintos aspectos que han preocupado a los estudiosos de la adquisición del léxico. Su análisis se enmarca en la asunción de que son dos los elementos que determinan y favorecen la adquisición del lenguaje: el medio, que aporta una serie de informaciones referidas al entorno, y la capacidad innata que el ser humano tiene para el lenguaje. Las autoras (Liceras y Carter) hacen dos puntualizaciones metodológicas: la separación de la adquisición del léxico de la de otros componentes de la lengua es algo puramente procedimental y, en segundo lugar, no todos los niños aprenden la lengua de la misma forma. A la hora de explicar la asimilación del léxico, distinguen, además, distintos procesos de adquisición lingüística: la del léxico nativo, la del léxico no nativo y la bilingüe. Concluyen el capítulo con algunas propuestas para la investigación dentro del ámbito de la adquisición del léxico.

El objetivo del capítulo del profesor José Manuel Igoa es «desvelar la complejidad de los procesos léxicos, esto es, de las operaciones, en parte inconscientes y automáticas, que están al servicio del reconocimiento, la comprensión y producción de palabras» (página 406). Y es precisamente la explicación de esos procesos la que sirve de armazón estructural del capítulo, procesos que variarán en función de la naturaleza del estímulo recibido: oral o escrito. A la hora de explicar la relación entre procesamiento léxico y procesamiento de los enunciados, el autor entronca con buena parte de los presupuestos de la lingüística moderna, ya que (aun admitiendo que los procesos léxicos responden a mecanismos asociativos y, en cambio, las operaciones gramaticales son procesos combinatorios) acude a los presupuestos de la *semántica interna* de Jackendoff para explicar la confluencia de léxico y gramática. Así lo reconoce el autor: «Esta propuesta no es novedosa en el panorama actual de las teorías sobre la competencia lingüística, pero quizá ya iba siendo hora de que se incorporaran también a las teorías de la actuación» (p. 430).

La profesora Anna Bartra considera –en la línea de las investigaciones lingüísticas de la interfaz sintáctico-semántica– que la enseñanza ha de tener en cuenta que léxico y gramática son indisociables. Frente a otros métodos de enseñanza como el gramatical-filológico o el método directo, se muestra partidaria del enfoque de enseñanza por tareas «ya que las unidades temáticas incluyen un vocabulario básico asociado a cada tarea y una metodología explícita que contempla las diversas etapas del proceso» (páginas 437 y 438). Por otro lado, mantiene que los planteamientos



recientes de la lingüística teórica son de gran utilidad para la enseñanza del léxico: de este modo, por ejemplo, en la adquisición del léxico no solo habría de tenerse en cuenta el ítem léxico sino su capacidad combinatoria. A su vez, el léxico, aparte de otras consideraciones lingüísticas, es también un depósito sociocultural y pragmático. Por ello, el dominio de determinados ámbitos socioculturales exige un profundo conocimiento del léxico, que ha de ajustarse a los diferentes registros y situaciones comunicativas. El capítulo concluye con un apartado en que se señalan diferencias y similitudes entre la enseñanza del léxico de una lengua materna y de una lengua extranjera.

El capítulo del profesor Rafael Marín trata de los lexicones computacionales o diccionarios electrónicos, en los que resulta prioritario el establecimiento del concepto de lema que «debe definirse de una manera precisa» (página 466). Es necesaria, además, la correcta codificación en el plano de la expresión (morfología) y en el del significado (semántica). Por lo general, se codifica la información morfológica por medio de una etiqueta en la que se incorporan informaciones categoriales y flexivas. Estas operaciones de etiquetado topan con algunos problemas que enumera el autor. En todo caso, en el análisis morfológico automático se darán casos de ambigüedad que, posteriormente, tendrán que resolverse por medio de técnicas de desambiguación morfológica. En el apartado destinado al proceso de codificación semántica, se alude al modelo de la base de datos léxica *WordNet* y se da cuenta de algunas de sus peculiaridades. No obstante, a la hora de explicar el proceso de la desambiguación semántica, el autor admite que el resultado de esta desambiguación es mucho más insatisfactorio que en el caso de la morfológica, ya que la discriminación del significado en unidades discretas es una tarea tremendamente compleja.

El volumen colectivo se cierra con la contribución de la investigadora Olga Batiukova. Son dos los factores –a juicio de la autora– que han determinado la elaboración de nuevos productos lexicográficos: la introducción del ordenador, que ha permitido avances en el tratamiento de la información léxica, y los planteamientos de las recientes teorías lingüísticas que han elaborado un protocolo sistemático para la tarea lexicográfica. Buena parte del interés que los modelos lingüísticos actuales han mostrado por la interfaz léxico-sintáctica se ha visto reflejado en la elaboración de los nuevos diccionarios –información que está también presente en la lexicografía tradicional–, como se aprecia en los diccionarios de valencias. Al mismo tiempo, se replantean desde perspectivas novedosas aspectos problemáticos para la semántica léxica como son: el tratamiento de la

información enciclopédica y léxica, la elección de las estructuras léxicas que han de definirse y el carácter del vocabulario definidor. La autora ofrece un exhaustivo listado de productos lexicográficos («diccionarios lingüísticos»), confeccionados de acuerdo con presupuestos teóricos como los del *modelo de los Primitivos semánticos* de Wierzbicka, el *Modelo Sentido-Texto* de Mel'čuk, el *Lexicón Generativo* de Pustejovsky, el *modelo de las clases verbales* de Levin o la *semántica de marcos* de Fillmore. Todas estas propuestas lexicográficas «son especiales porque su preocupación fundamental (...) consiste en presentar una visión global, científicamente fundada, del nivel léxico (...)» (página 515).

En definitiva, estamos ante una obra que mantiene un difícil equilibrio (del que, por cierto, adolecen muchas publicaciones de carácter colectivo) entre la variedad de voces que se concitan (no solo por el número de autores, sobre todo por la diversidad de enfoques) y la coherencia en el diseño de la obra, que se reconoce en la distribución ordenada y proporcionada de los contenidos, y en la idea compartida por los autores de que el léxico se comporta con cierta sistematicidad. En cada uno de los capítulos se entreveran las hipótesis sugerentes o las propuestas originales con las prudentes limitaciones que supone el objeto de estudio o con sabias recomendaciones referidas al estadio aún incipiente en que se encuentran determinadas investigaciones lexicológicas. El lector tiene la sensación de que todo está ahí (por cierto, los capítulos se complementan con una nutrida y actualizada bibliografía) como sucede en un *manual*. No obstante –y en este aspecto hay que dar la razón a la editora–, la obra dista mucho de ser un manual tradicional, porque se trata de un manual –un estupendo manual– para el siglo XXI.

Santiago U. Sánchez

*Universidad Autónoma de Madrid-FIIRL*

